

-Cy-git, pour avoir par trop aimé
les gaupes.

Descendit jeune encore au royaume
des taupes.

Baudelaire. (Propio epitafio.)

-Entre nosotros y el infierno y el
cielo no hay sino la vida a medias,
que es la cosa más quebradiza del
mundo.

Pascal. - Pensamientos.

Hace poco tiempo le ocurrió a mi buen amigo Ernesto Montesinos un suceso digno de andar en lenguas, y si la mía fuera de coplero, no diera yo en cien pesetas unas treinta espinelas. Leigo y en prosa, ~~era~~ decir de Quevedo, así se me dá a mi que creáis en literatura si la verdad anda por delante y esta vez en pies de flamenco. Y no a humo de pajas va la prefación, porque si yo fuera de esos que zurcen el idioma como encaje ^{ras} de Malinas, que no parece sino que el lenguaje es un trapo, asunto tengo en bastidor para pulir una capa de obidpo o manto de virgen. Pero ya he dicho, y quiero repetir, que en castellano la verdad por delante y sin tapujos, a no ser la decencia y buena crianza, que sienta ~~wwwwww~~ ~~wwwwww~~ primorosamente a nuestra lengua, harto de suya de ~~www~~ buenos colores para vestirla de rojo. Manos, pues, a la obra y tiento en los dichos, que el terreno es breñas, y lo que voy a contar no es cualquier niñada, sino cosas de hombre, de estos picaros hombres de España que andan de la ceca a la meca, golosineando aquí, picando de allá y sin dar frutos de bendición ni cosa que lo valga.

I

Coplaraos yo el retrato de Montesinos, mi amigo, con rasgos de Rembrandt, a semejanza de los juvenes de sus aguafuertes, si yo dominara la pluma; pero es el caso que Ernesto nada tenía de particular. Le veais y os deciais: "He ahí una cara donde todo está en su sitio." Tenía dos ojos, una nariz, boca y frente, cuatro pies de altura. pulgada mas que menos, y unas melenitas como esas que tan saladamente cubren las sienes de los bobos de Coria. Vestía de negro, cual y simplemente como todos los hombres de nuestro siglo, sin carácter, y lo que es peor, sin espíritu. De edad no hablemos, que es arriesgado, pues en nuestro tiempo lo mismo da tener veinte años mas o menos, porque lo esencial es tener dinero o ganas de tenerlo, cosas que faltaban en la conciencia o faltriquera de mi pobre héroe de cuento. Lo peor de todo esto no es lo mal dibujado que va en las líneas precedentes, sino que el bendito se creía todo lo

contrario, y había dado en la manía de llevar a flor de piel su alma hasta el punto de retratarse una vez por semana y mirarse en todos los espejos que encontraba, sin duda alguna para espiar los progresos que hacía su enfermedad.

Enfermedad erale tal, que los médicos de Moliere hubieran cogido por su cuenta a tener pies o cabeza. Creíase él interesante como un Beethoven, y no daba paso sin suspiro, bien como aquélla a quien una pena escarba el corazón o a semejanza del cuitado que olvidara en casa el paraguas y lloviera a cántaros. Daba grima encontrarle, siempre huraño, torpe, sinuoso y reservado como cofre encantado que andara. Si le preuntábamos por su salud, no parecía sino que revolvierais agua turbia en su espíritu, de tal modo empañaba sus ojos para decirnos que su alma estaba moribunda, muerta de miedo en el cubil de su corazón, sin atreverse a salir del cuerpo a causa de algún extraño temor. Bien sabía yo que clase de pájaro era ese temorcillo, y aún pudiendo definirse dentro de la familia de los astrigidas, pero me era muy grato aparentar asombro, con lo que lograba preciosas confidencias.

Fueron estas un día tan graves, tan curiosas, que me aventuré a subir con él a su casa, una casa de ciudad, tan fea por dentro como por de fuera, en cuyo sexto piso abrigaba sus angustias de la malsana y acerba curiosidad de los simples mortales. Cerró su despacho, y los dos, mano a mano, nos perdimos en una conversación sin salida, obscura como bosque en Diciembre. Tenía por entonces pujos de psicólogo de la escuela de Brocas, y sin saber lo que hacía le exarcebé, le extenué, le tundi como cuero sin curtir, hasta que el desgraciado me confesó estar irremisiblemente perdido y desesperado. ¿Por qué? Su alma no era de este mundo, nada había en él que le llamara la atención. Tan tímida, tan delicada era, que no pasaba nunca de la órbita de los ojos, como si al dilatarse por la existencia hubiera de caerse y romper en mil pedazos. Y al decir algo psrecido a tan rara sensación su alma se asomaba realmente en los ojos, apoyada en el borde de la retina, detrás del criatalillo del iris, como los personajes de un lienzo con vitral. ¿Os reiréis? Podéis hacerlo, yo lo vi y me trae sin cuidso vuestra desconfianza. Fué para mí un descubrimiento y mñ complació extraordinariamente, como a un chiquillo ver a un alma quieta en aquella pupila de color de tabaco. Él se dolía de ello melancólicamente. -Soy una nueva especie de Licenciado Vidriera-decía: -a cada pso creo que mi espíritu se va a caer y quebrarse como el cristal. Un ente así constituido debía ver la vida de un modp excentrico. En efecto, la existencia se le ofrecía como un espectáculo en el que le era imposible intervenir. Pintaba su vida interior como una refracción. Hay un espejo-afirmaba-en el vwértice de mi cráneo, en el que se refleja lo que pasa por la calle, yo, agazapado allí, por el puente

de Varolio, observo angustiado el tremendo espectáculo de la vida. ¿Sería verdad? Aquel amigo mio, ¿tendría una enfermedad no sospechada por Maudsley? ¿Se darían invertidos en Ernesto los tres procesos fundamentales del pensamiento, que son, según Locke, la resurrección, la acumulación, la disgregación, integrados por un esfuerzo, asociados por una impresión cualquiera/

Confieso era mayor mi curiosidad que mi lástima, y como yo padecía de emotividad excesiva, le pregunté intrigado: - Nadie nace así, ¿qué proceso te ha puesto de ese modo? Los libros contestó él con amarga sencillez. ¿Los libros? Si - añadió; los libros, determinados libros; el siglo, el funesto siglo. Quise profundizar, observé las visceras, la sociedad, mi propio ser con tanta interioridad, que estoy inmóvil entre dos abismos, seguro de estar en ellos por el vértigo si los miro. Cuando cierro los ojos siento el alma detrás de los párpados; no puedo soñar, no puedo ya contemplar los espectáculos de la vida interior. - Me estremecí al oírle hablar así, y os confieso que debe ser cosa terrible cerrar los párpados y sentir en ellos por dentro algo viscoso o frío que se ampara allí del vértigo de un abismo. Al mismo tiempo no comprendía yo que los libros - determinados libros. le hubieran puesto en aquel estado indescifrable.

Y, sin embargo, allí estaban los culpables, alineados en los estantes de la habitación, mostrando descaradamente sus lomos. Ernesto los miraba con terror, y por una ilusión de un ánimo ~~los~~ veía su alma agarrada al borde de sus pupilas con las manos crispadas, unas manos inverosímiles, que la imaginación sacaba no sé de donde, pero que estaban allí como raicillas de mandrágora. Él me dijo: - Esos libros que ves son los más raros volúmenes del mundo. Antes se tenían como tales los famosos pergaminos, los infolios rancieros, los cronicones historiados o polvorientos, en los que un miniaturista sacrilego y genial dibujaba y coloreaba una letra, vaciando en ella su poderoso corazón; pero hoy esos libros de cábalas o de rezos nos tienen sin cuidado, nos importan menos que el célebre exagrama místico de la Edad Media; hoy los libros terribles son esos que ves en los armarios. Y Ernesto, no pudiendo sostener su visión, se levantaba con ese gesto horrible que espeluzna a los lectores de Poe, Me decía: - Tu no ves en ellos otra cosa que libros, por que tú imaginación no los desentraña como la mía, no los desarrolla en el espacio y les deja en la perspectiva, colocando en pie las monstruosidades que contienen. Te juro que son como tarros de furiosos venenos que se cayeran y mezclaran, y de cuyas substancias oleaginosas brotaran sus espíritus terribles, se desvedijaran, se desvanecieran en nubes que aspirases, que no tuvierais otro remedio que aspirar, por los sentidos y por los poros.

Y así debía ser, porque mi amigo alejaba con las manos tendidas en el espacio alguna aparición sin propias palabras. sin

4

atreverse a cerrar los ojos por miedo a encontrarse entre los dos precipucios. ¡Válgame Dios y a qué extremos van a parar algunas personas no mal dotadas de entendimiento, que así concluyen por desgraciarle y extraviarle! Sucedió que mi buen amigo, al salir de la adolescencia y de las puertas de la Universidad, topó con las peores compañías que podía encontrar. En posesión de una inteligencia femenina, curiosa y audaz, muy dado a sentir y más a tentaciones, entróle el diablo de la literatura, por el cuerpo y no dejó imagen del Doctorado de Leyes sana y en pie, de tal modo que era pesado ver los ~~textos~~ de Jácome Ruiz envueltos con los de Justiniano, como si estos terribles señores fueran o hubieran sido de honrada escayola. Tomparonle los diablos literarios a bien, cuando por las cuatro puntas de su flamante toga, y quieras que ~~w~~ no, le encerraron en su despacho, donde llovieron cuantos libros de perdición y sensualidad envía el mundo, el demonio y la carne a la santa inspección del Índice. Y ocurrió que no podía ocurrir otra cosa que lo que vengo narrando, con gran pesadumbre mis y descontento nuestro, pues de seguro que esperabais algún lance de amor o cosa por el estilo.

II

Lo del estilo es lo de menos, y a la verdad me agarró como defensa, porque lo que yo deseo es demostraros que andan por ahí gentes que en nada se nos parecen, aunque comen lo que nosotros y leen lo que nosotros leemos. Por leida y sabida daba toda la entería de mi amigo, y no necesitaba ser yo un Licenciado ~~w~~ como el de inmortal memoria del capítulo sexto de Don Quijote, para juzgar de todo aquello. Así es que de buena gana habría arrojado a la calle libro por libro los volúmenes que tan malparado dejaron a mi amigo. Lo del escrutinio tenía yo entre ceja y ceja, cuando Ernesto, arrebatándome los tomos de las manos, me dijo: -No los arrojes, que voy a leerte alguna cosa de lo que esos libros ~~w~~ inspiraron a mi alma.-, y antes que pudiera excusarme se apoderó de mi atención y puestos en sus rarísimos ojos, y en sus manos un enorme cartapacio azul marino, se expresó así: -Lo que vas a oír es el retrato de un alma como todas las almas, un manantial que fué de sentimientos frescos, purísimos; que progresivamente, arrojó líquidos fantásticos, vapores sulfurosos, graves, mefíticos, hasta que al fin derramó la sangre a borbotones. Y sonriendo solamente con la boca afirmaba en tonadilla de rimbeco: -Los libros, estos libros hicieron el milagro.- ¿Qué milagro? El horrendo prodigio de enloquecer un corazón. Aquellos libros eran libros franceses. Toda la colección de las poesías exóticas, estrambóticas, obscenas, absurdas que ha producido el cerebro de París. Los delirios de los insomnios,

5

las perversiones del vino y del haschisch; las alucinaciones estéticas del dawamesk; la nafta; el opio; lo exquisito; lo refinado; las neurosis; el placer del mal; lo imprevisto; el estupro; el estupor; los contubernios del misticismo y del alcohol; la alcoba, la sombra y la sangre, la voluptuosidad, el oro y el bronce; los monstruos del sueño y los deliquios de la ilusión; los juegos de las pasiones y los envenenamientos del azar; la morbosidad y la morbidez; espejos que producen medusas; limas que gotean injurias; harenes cerebrales; cráspulas cesáreas, atormentadas de las que la inteligencia sale retorcida como columna salomónica—o labrada como columna de pagoda, o convertida en pulpo, araña, escorpión, perra, víbora y ramera, todo a la vez. Ernesto quiso abrir su libro y no pudo. Pero exclamó solemnemente:—Ahi está la mujer que amo, la vida que deseo, toda mi alma, en verso y en prosa, en armonía y en desorden, la luz y las tinieblas, todo menos la realidad de los sentimientos, que soy incapaz de comprender porque son las únicas sensaciones que me dan miedo. Entre los árboles del parque veo al dios Pan, silfos, driadas, napeas, faunos; los niños que por allí corren me fastidian, me parecen alimañas, sabandijas, salamandras repugnantes o cuando más ridículos escarabajos. Desnudo a las mujeres que pasean y deambulo entre ellas como Tiberio en Capri. Me irrita la vida cotidiana, me estremece, estoy muerto. Y ante todo, este mal que *huele* el espíritu en las pupilas, como si en ellas tuviera bolitas de plomo. He perdido la brújula de la vida, me muero, me asfixio entre vosotros. Tengo un nudo, el de esos libros, el de esos poetas, su ideal espantoso, sus admirables repúblicas donde el más fuerte se come su propia carne y sorbe la médula de sus huesos, en los que abre agujeros y sopla melopeas faunescas. No me importa lo que verdaderamente sucede en la ciudad, y aunque lo veo no me atrevo a juzgarlo por miedo de que el alma se estrelle contra ello.

Aquel parlamento duró mucho tiempo, y en mi ánimo, que nada nuevo me enseñaba. Sabía yo que, tarde o temprano, los libros de París harían su victoria, una victoria completa, no un remedo o un caso aislado como conozco tantos. Y estaba orgulloso de un hallazgo. Rebosaba mi alma tanta alegría, que le hubiera enseñado como un fenómeno de *gloria*, como la concreción de un fantoche de todos los vicios y delirios de París. Síntesis de su enorme biblioteca, faltábale solo poseer la ilusión de que e, realmente, era un fauno. La vida huía ante él con la velocidad de un paisaje en el marxo de la ventanilla de un tren en marcha. Por fin, Europa poseía el engendro soñado, el infrahombre, un magnífico ejemplar de bestialidad puramente cerebral. ¿Obré bien? Lo ignoro; creo que sí. Y fué el caso que, mirando yo a los hombres de ciencia, determiné dar unas conferencias con aquel caso vivo de imbecilidad espiritual,

de ataxia de los órganos comprensivos. Los jóvenes quedaron estupefactos. Reían al principio de sus asertos; creyeron una broma la exhibición de fenómeno pasional, le observaron, le hablaban, se espantaron de su terror y por todas partes revelaban que el infrahombre había aparecido. ¡El infrahombre, Ernesto Montesinos, cuya alma, ajena a lo que en torno suyo pasaba, había sintetizado toda una literatura de sesenta años en aquella inteligencia aferrada a los bordes de la pupila como una raicilla de mandrágora!

Entonces sucedió una cosa admirable. Los periódicos publicaban artículos atroces acerca del infrahombre, firmados por jóvenes que habían estado a punto de perecer. El espectáculo fué consolador, y se copiaban páginas y capítulos del libro absurdo de Ernesto, absurdo, pero de una maestría opresora. Había bebido con los venenos de sus pesados libros el arte por el arte, la soberanía sobre el ritmo, del ritmo por el ritmo, y las palabras varoniles del castellano, zaiias, sumisas, impregnadas de zumo de adormideras, del tétano, del muérdago, se agrupaban ductilmente y dócilmente en torno de las fantásticas ideas desquiciadas. Y así como los chiquillos apedreaban al Licenciado Vidriera, así mis amigos rodeaban a Ernesto y no se cansaban de oírle temblar y razonar su locura poética. Su casa fué un lugar de peregrinación y su biblioteca observada como un bicho raro.

Un día nos decidimos a curarle. Era necesario hacer comprender a Ernesto que la vida es bella en sí misma, con sus propios recursos, e *inagotable fuente* de *pasión* y de tragedia; que no aumentan su misterio las necedades y delirios de la lubricidad, que no se complica la ya enrevesada armazón y substancia del espíritu con la absorción de plantas indias o bálsamos orientales. Hicimos en la biblioteca un gran brasero, y despedazando uno a uno los infames libros de la torpeza y la vagancia, los arrojamos a las llamas purificadoras delante del idolo, del infrahombre, mas horrible que *mancha azul* lividez espectral. Silenciosos como él, proseguimos nuestra tarea, incansables. Al final del auto de fe, tomamos el original de su gran obra. Ni el más leve movimiento hizo para salvarle. Tostamos a su amada, a sus visiones, a sus espantables recitados y bailamos en torno del idolo y de su brasero como salvajes, gritando y ululando como los derviches del Tibet.

Estaba pálido, agarrotado, crispado, mirando la fúnebre hoguera. Su alma deslumbrada apenas podía sostenerse en la pupila, y lloraba infantilmente, Alvaro, vestido de sobrepelliz, rizada con páginas del "Times", le hisopó tres veces, diciendo con tremendo acento de fabordón: -Espíritus infernales, almas tubercularias, genticilla asustada, espantos, espectro babosos, apariciones, visiones del vino y de la pereza, microbios de la ignorancia, salid inmediatamente

del alma de este hombre como salisteis de los poseidos de los Evangelios.-Inmediatamente, de un cuarto cercano salieron alaridos atroces, maullidos, golpes siniestros como botes arrastrados por gatos rabiosos sobre el empedrado, y otras ^{monstruosidad de} ~~notas~~ indescriptibles, al mismo tiempo que por todas partes se encendian bengalasy se quemaban cartuchos de magnesio y granos de incienso y subian al cielo vigorosissimas improvisaciones misticas y esten-tóreas dignas de los caballeros del Santo Grial. Acabados los oficios le arrastramos a la calle y le metimos en el torbellinó estudiantil, hicimos én torno suyo una gran manifestación, engrosada con los curiosos, y lanzábamos vivas y evohés que no parecia sino que marchaba con nosotros el Redentor del mundo. Y aún estoy

por deciros que no faltaron dos onzas para crearlo; tã era su com-puncón y asombro. su marcha de hombre ébrio y temeroso, su mirada suplicante, que nos pedia no lleváramos sus tormentos más allá, y a los que nos preguntaban por qué conduciamos a un hombre tan modesto y humillado con tanto contentamiento y ruido, les respondiamos indignados: -¿Pero no saben, por ventura, quien es Ernesto Montesinos, el hombre que ha leído cuántos volúmenes se han escrito acerca de las embriagueces, extravagancias, ultragramas, conocimientos del antes y el después, el hombre que ha vivido todo eso hasta dejar de ser hombre y sumirse en los cielos no entrevistados por San P'blo? Y como a uno que ya contestara asi se molestase y aun pareciera ofenderse, le cogi de un brazo y murmuré en su oido: -Gritad un viva al sentido común, o diré por ahí que estáis poseido de los diablos y no dejarán de ellos su traza. -Y os juro que si no hubiera gritado, a estas horas no podria testimoniar que Eugenio Montesinos ejerce de abogado rural, y defiende admirablemente en la Audiencia un pleito curioso, el de un aldeano que mató a un sacerdote porque se negó a sacarle unos diablos del cuerpo. De mi sé deciros que lagrimeaba oyendo el final de su informe. -Yo también los he tenido, decia como un amable energúmeno, hasta el grado de que mi alma, convulsa de miedo, buscara en las pupilas un escondrijo.

Y como condenaran al infeliz aldeano, cogió al juez en los pasillos y le afirmó rotundamente, con gran espanto suyo: -Señor Juez, ustedes estudian en el Derecho canónico las fórmulas de expulsión de demonios; prueba irrefutable de que éstos existen; ¿cómo se ha atrevido a reirse del abogado que los ha tenido en el cuerpo, y a quien le ^{hemos exorcizado} hace unos meses?

El único rasgo que todavía no se ha borrado de su ^{alma} es que cuando me encuentra -al extenderme sus manos murmura los

dos versos de Baudelaire, uno de sus viejos diablillos:

Cy-git, pour avoir trop aimé les gaupes
Descendi jeune encote au royaume des taupes,

Y su alma picaruelo me mira a hurtadillas desde el balcón de sus pupilas, sonriendo medrosa, pero radiante de verdadera juventud, que es, de oír sí, la cosa más quebradiza del mundo.

~~El~~ Imparcial, 1^a Enero 1912

Eugenio Noel